

AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

**5. ASÍ SE DESPIERTA UN
CUALQUIERA
JULIÁN RINCÓN**

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Julián Rincón

**ASÍ SE DESPIERTA UN
CUALQUIERA**



Así se despierta un cualquiera

Una de las cosas que sé envidiar de la obra de Bukowski es su innata capacidad de dormir hasta que se le cantaban las pelotas. De mi parte, estaba adquiriendo el buen y necesario habito de la pereza, ya me estaba acostumbrando.

Pero la dicha tiene límites, así como el buen estar, la comodidad, el buen gusto.

Se podrá imaginar querido, desocupado y mequetrefe lector, lo que me costó levantarme esta mañana. Estaba soñando, como raro, hasta que el estruendo del despertador interrumpió el proceso. Algo pasa adentro, en esa fascinante cavidad que ya muy pocos se esmeran en entrenar. Así lo sentí, como si a las malas se interrumpiera algo, como si un proceso fuera cortado de paso. Así fue, como el aullido de insatisfacción esparciéndose por todas las zonas del cerebro alteraran la calma, comodidad, cierta forma de alegría.

Por suerte, tomé la acertada decisión de cambiar el tono del despertador hace unos pocos días. Elegí a Bob Marley, ya que el recuerdo que traen sus melodías

apaciguan un poco la insatisfacción e impotencia que el tono anterior no tenía. Ahora que lo recuerdo, el sueño logró quedar calcado con colores duraderos en la selectiva memoria.

Estaba haciendo una larga fila en lo que parecía ser un banco.

¡Esos imbéciles! Atormentándome hasta en los sueños.

Allí estaba, entregando sin piedad uno de los mejores y más importantes dones que acaso poseía de verdad, mi tiempo. En fin, ya llegando al cubículo de atención al cliente, un elegante y precario hombre, más peinado que cualquier otra cosa, me insultó acusándome de colarme. Yo sabía que aquello no era cierto y el hombre peinado también lo sabía.

Supongo que apelaba por el apoyo de sus dos acompañantes, otros dos disfraces de paño y pretensiones, para darle sustento y veracidad a su acusación. Yo, ni corto ni perezoso, le hice frente. Me le acerque firme y decididamente, acercándole el dedo a su pecho y sofocándolo con el mismo.

—Demuéstrelo... —le dije.

El hombre vaciló un poco y ante el silencio e inacción de sus dos colegas, la acusación perdió fuerza y

no quedaron más que tímidas e ingenuas amenazas. Me atreví entonces a hacer algo más que defenderme, increpándolo con más vehemencia.

—Demuéstrelo. Hay cámaras de testigos, ¿O quiere demostrarlo de otra forma?

Soy de los que prefieren apelar por la razón en un primer momento. Aunque sabía de antemano que sus acusaciones no eran más que complejas mentiras para llamar la atención, su aire presuntuoso y ridículo me enervaban el control.

No deseaba llevar la afrenta a algo más que simples palabras, aunque si era necesario, lo haría sin vacilación. Le hice saber al hombre peinado, visiblemente alterado, mis intenciones de hacer valer mi nombre y mi palabra. No fue necesario, por suerte para él, llevar las palabras a la acción.

El Reggae relajado lo salvó, dándole una luz que no era luz a la oscuridad, iluminando la tranquila y calmada paz de la noche.

Arrastraba los pies, sentía el frío de la madrugada en el piso de madera que subía por mis pies descalzos a cada paso, me ayudaban a despertarme, de cierto modo.

Encendí la luz cegadora del cuarto de baño. ¿No será peligroso interponer la oscuridad total con la intensidad de esas bombillas ahorradoras? Me miré al espejo. Encontré el reflejo de siempre, no sé qué más podía esperar allí enfrente.

A si, ya lo recordé. Esperaba verme más joven. Esperaba encontrarme con mi versión del pasado, muchos años atrás. Bueno, no tantos, en realidad no son tantos, pero si esperaba encontrar una alteración del tiempo, más no de mi conciencia. Quería reivindicarme conmigo mismo. ¡Tantos años perdidos haciendo lo incorrecto!

La cara seguía con la expresión perdida y dormida. Me senté entonces en el trono, dejé que todo lo innecesario saliera. Volví al espejo. Reconocí que mi cara, el cutis era liso y esbelto. ¡Como la de un recién nacido! Mi expresión era más relajada y fresca, nada parecido a los rostros ceñudos y serios de todos los días.

Eran los efectos del buen sueño y el descanso, interrumpidos hasta ese día.

—¿Cuándo será? —me decía— ¿Cuándo será que tendré la suerte del viejo?

¿Suerte?

Llené el cepillo con la pasta dentífrica, empecé a restregar los dientes con ella. Es en estos momentos cuando recuerdo las palabras de un docente universitario, uno de inglés, para ser más exactos.

De todos los discursos, enseñanzas y palabras que mencionó, fueron las que hablaban de un curioso dato científico las que me quedaron grabadas de sus clases.

“Oigan, muchachos. Vea que leí un artículo científico muy curioso. Decían que, al momento de cagar, unas pequeñas y diminutas partículas de desechos se esparcían por el aire, llegando a posarse a los sitios húmedos y frescos. El estudio demostró que, en los cuartos de baño, el sitio predilecto para estas partículas era el cepillo de dientes...”

Gestos, expresiones y comentarios de disgusto y asco por parte de los estudiantes.

“Si, mis queridos, estamos comiendo mierda... ¡Comiendo mierdaaaaa!”

Así lo hacemos. A diario y todas las mañanas. A día de hoy, desconozco la veracidad del dichoso articulo ese. Por lo menos, es nuestra propia mierda, si no es que compartíamos el cuarto de baño con nadie más.

Así me lo pensaba y esto me ayudaba a afrontar el día que se venía encima. Entonces, desde la ventana del baño, se filtraban sonidos que provenían de la torre de apartamentos vecino.

Estruendos de ollas, agitación, preparación para las jornadas.

—Que carajos...

Si. Todos estábamos condenados, nadie se salvaba. Entonces todas esas expresiones feas, tristes y furiosas de la mayoría de transeúntes tenían sentido. Estaban llenas de cicatrices mal llamadas arrugas por todas las mañanas que tenían que despertarse a las malas, a regañadientes, expulsando un Madrazo silencioso a todos los Dioses habidos y por haber.

Esto también me ayuda a sobreponerme a los tortuosos de la jornada. Me sacaba la ropa y entraba en la ducha. La danza del agua mañanera.

No era aún el hombre satisfecho que podía escoger la hora y el día para darse una ducha. Aún no, pero mi expresión era fresca y relajada, o eso creía.

¡Y no podía faltar la sonrisa! Esa que todos quieren y que está llena de mierda...

JULIÁN RINCÓN



Profesional en Cultura física, deporte y recreación, segundo de dos hijos, nacido en Bogotá, Colombia en 1994. Reside actualmente en el municipio de Chía, Cundinamarca. Escritor aficionado, lector apasionado, músico por diversión.



Título: Así se despierta un cualquiera.

Autor: Julián Rincón.

Edición digital Hoja en Blanco: julio, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

